

Rincón quería conseguir de Solimán que interviniera en favor del pequeño príncipe; pero el sultán tenía muy distintas ambiciones, pues juzgaba aquella ocasión muy favorable para conquistar la Hungría en provecho propio, de tal manera que el emperador, «después de haber oído el gran aparato del Gran Señor por la Hungría, habíase puesto muy pensativo y solícito, paseándose por su cámara.»

Razón tenía para estar inquieto: Solimán puso en campaña un ejército de mar y otro de tierra, invadió la Hungría y en 30 de julio de 1541 obtuvo cerca de Buda una brillante victoria, no obstante lo cual se contentó con la anexión de la Hungría oriental y meridional, cediendo la Transilvania al hijo de Zapolya y dejando á Fernando en posesión de los territorios muy reducidos de la Hungría occidental. De todos modos, significaba aquello para el emperador un gran fracaso y un grave peligro, puesto que los turcos se hallaban establecidos casi á las puertas de Viena.

Por esto en la dieta de Ratisbona, celebrada en 1541 ante las amenazas de la invasión otomana, había hecho todo lo posible para fijar cuando menos un *modus vivendi* entre los protestantes y los católicos y obtener de este modo el concurso de Alemania contra los turcos, en tanto que Francisco I procuraba agrupar en torno suyo á los príncipes con el pretexto de mantener «las libertades germánicas.» Pero los alemanes no se fiaban del rey de Francia y Carlos consiguió firmar una inteligencia con el landgrave de Hesse y poner de su parte al elector de Brandeburgo.

Entonces creyó poder realizar la expedición contra Argel, con la que soñaba hacía tiempo. Por mediación del papa recibió de Francisco I una promesa de neutralidad, que el rey no podía rehusar como no había podido rehusarla en 1535, pero que no impidió á Pellicier dar noticia á Barbarroja de la salida de la flota imperial, y en octubre de 1541 emprendió la travesía contra el parecer de todos sus ministros. La armada, azotada por la tempestad, y el ejército sufrieron un espantoso desastre del que á duras penas pudo él mismo escapar (1): «Nos sometemos á la voluntad de Dios,» dijo al regresar á Cartagena.

### III.—Nuevo rompimiento con Carlos V

De nuevo iba á estallar la guerra con el emperador, siempre por la misma causa, por el Milanesado. Carlos, después de habérselo dado á su hijo Felipe, consentía en tratar otra vez de una cesión posible al hijo segundo de Francisco I, bien que sólo á título vitalicio y á condición de que el rey, su padre, abandonara el Piamonte y la Saboya; pero el monarca francés objetaba que no quería renunciar á provincias que estaban en su poder

(1) Pellicier escribía desde Venecia en diciembre de 1541: «La noticia del naufragio y gran pérdida del emperador no sólo se ha confirmado, sino que cada vez se presenta peor, hasta el punto de decirse que su propia persona ha estado en peligro de perecer ó de caer en manos de sus enemigos. Estos señores (la Señoría de Venecia) han quedado muy sorprendidos y espantados, no por la pérdida particular del emperador, sino porque de ser verdad que hubiese sufrido un descalabro, no pudiendo ya inclinarse á su partido (del emperador), tantas cuantas veces quisiera el Gran Señor compelerles á cosas que no les fuesen agradables, estarían expuestos á los apetitos del Gran Señor.

á cambio de un dominio cuya sucesión no le pertenecería.

Y tenía tanta más razón en rechazar semejante ofrecimiento, cuanto que se hallaba sólidamente establecido en la Saboya y en el Piamonte, que habían recibido una organización completamente francesa, con su Parlamento y su Cámara de las cuentas. Desgraciadamente la conducta seguida con los nuevos súbditos era censurable; el gobernador del Piamonte les agobiaba con sus exacciones y se concertaba con las partidas de soldados sediciosos y de bandidos. En 1539, du Bellay, gobernador de hecho bajo la autoridad nominal de Annebaut, se propuso restablecer el orden, demostrando en aquella ocasión cualidades superiores y consagrándose en cuerpo y alma á una tarea abrumadora que acabó por rendirle (2); pero el país, extenuado por la guerra y por los impuestos, permanecía sumamente irritado contra sus señores y Pellicier desde Venecia indicaba que en él se tramaban intrigas antifrancesas.

El asesinato de Rincón y de otro agente de Francia, el genovés Fregoso, contribuyó á hacer más tirantes las relaciones entre Francisco y Carlos; este episodio extraordinario demuestra cuán poco garantizado se hallaba para los diplomáticos el derecho de gentes y hasta qué punto se consideraban las cuestiones de Oriente como el nudo de la política europea.

A fines de 1540 Solimán había despedido á Rincón, encargándole una misión cerca de Francisco I. A fin de no pasar por el Milanesado, dió el emisario un gran rodeo por Tiraño, sin tocar en Venecia, por Coire y por Zurich y al fin llegó á Blois en 5 de marzo de 1541, siendo muy afectuosamente recibido por el monarca; y después de celebrar con éste algunas conferencias á las que únicamente asistió un dragomán de la Puerta, partió de nuevo para Turquía acompañado de Fregoso. Los dos emisarios habían de volver á pasar por Italia y por Venecia, y cuando llegaron al Piamonte, Guillermo du Bellay les manifestó las mayores inquietudes á propósito de su viaje, diciéndoles que por sus agentes había sabido que el gobernador del Milanesado, el marqués del Vasto, quería á todo trance apoderarse de los despachos de que eran portadores, á cual objeto había diseminado por todas partes soldados para que les prendieran; en vista de ello les aconsejaba que de nuevo siguieran los caminos de los Alpes, que si bien más largos, en cambio eran más seguros. Los ruegos de Fragofo decidieron á Rincón á seguir la vía de Italia, á pesar de que du Bellay «tuvo avisos que aumentaban de hora en hora,» y lo único en que consintió fué en dejar á du Bellay sus despachos.

Después, ya nada más se supo de los dos emisarios regios que habían salido del Piamonte el día 2 de julio, y si bien en un principio se creyó que habían sido simplemente detenidos, al cabo de mucho tiempo se supo que habían sido asesinados por gentes apostadas junto á Cassal del Montferrato. ¿Hasta qué punto eran responsables de aquel crimen el marqués del Vasto y Carlos V? En cuanto al primero, parece cierto que dió una de esas órdenes equívocas que autorizan todos los

(2) Falleció en Lyon, en 1543, en el momento en que regresaba á Francia.

atentados; respecto del segundo, había escrito que de haber caído Rincón en sus manos, «habría acabado sus días conforme á sus temeridades y ofensas,» lo cual viene á indicar que no habría respetado su carácter de embajador (1). Francisco I exigió enérgicamente una reparación, y para reemplazar á Rincón cerca del sultán, designó á un capitán muy osado, Polín de la Garde. Las relaciones entre el rey de Francia y Solimán fueron más íntimas de día en día.

Esta alianza con los turcos perjudicaba en alto grado á Francisco I á los ojos de Europa y preciso es confesar que las razones con que trataba de justificarla carecían de solidez. El obispo de Valence, Juan de Monluc, enviado á Venecia en 1543, en un pomposo discurso pasó revista á la historia, invocando á Constantino, á Narsés «muy religioso» que no había vacilado en llamar á Italia á los lombardos, al emperador Federico II y aun al mismo Maximiliano I; pero todo aquello era retórica pura. No se defendía mejor Francisco I cuando aducía una vez más el pretexto de las negociaciones entabladas desde hacía más de diez años entre Carlos y Solimán, puesto que confundía unas embajadas cuyo objeto era obtener la paz, con las que él mantenía cerca del sultán en solicitud del apoyo de éste para combatir contra una parte de la cristiandad. Blas de Monluc dice acertadamente: «No sé qué opinión se formó la Señoría (de Venecia) de cuestión tan importante, ni si la elocuencia de mi hermano le hizo encontrar bueno lo que antes encontraban tan malo... Sólo una cosa sé perfectamente y es que antes y después he oído censurar este acto, y creo que con él nada han ganado nuestros asuntos.» Pero la alianza turca, legítima ó no, era útil y cómoda, puesto que á nada comprometía: el sultán no tenía las mismas exigencias que Enrique VIII ó que los protestantes alemanes, y en cambio era para el emperador un adversario mucho más peligroso que éstos.

La gran combinación política intentada desde 1540 á 1543 fué, sin embargo, la estrecha alianza con el duque Guillermo de Cléveris, que recientemente había heredado Güeldres, Juliers, Zutphen y Cléveris, habiendo llegado á ser de este modo uno de los más poderosos príncipes de la región renana. Los luteranos solícitabanle con empeño porque sabían que era uno de los más encarnizados enemigos del emperador, á causa de las pretensiones de éste sobre el ducado de Güeldres; por consiguiente, la alianza con Guillermo podía estrechar los lazos entre el rey y los protestantes. Esta combinación, como tantas otras, se fundaba en la idea de un matrimonio, el de Juana de Albret, hija de Margarita y de Enrique de Navarra, con el duque; pero los Albret no sólo no veían con agrado este proyecto, sino que, por el contrario, pensaban en una alianza de familia con Carlos V. Por otra parte, Juana se negaba á aceptar por esposo al duque. Hubo conferencias sin

(1) Ya en 1535 un agente de Francisco I cerca de Solimán, Serafin del Pozzo, oriundo de Ragusa, había sido detenido por los españoles, encerrado en Sinigaglia y luego en Nápoles, no recordando la libertad sino después de enérgicas reclamaciones formuladas por Dodieu de Vely, embajador del rey. Recuérdese también la ejecución sumaria de Maraviglia en virtud de las órdenes de Sforza. Véase anteriormente, pág. 304.

cuento, escenas de familia y amenazas del rey; Margarita fingía desaprobación las resistencias de su hija (2), pero en el fondo las alentaba. Por fin, en 14 de junio de 1541 celebráronse los desposorios y poco después el matrimonio, que no llegó á consumarse: el duque de Cléveris esperó en vano á su esposa, que permanecía en Francia pretextando hallarse enferma, mientras Enrique de Albret tramaba con el emperador intrigas en las que se trataba de una invasión eventual de la Güiena.

Ya fuese por su alianza con el turco, ya por las vacilaciones de su política, lo cierto era que el rey se encontraba casi completamente aislado en el momento en que iba á reanudarse la guerra contra el emperador. Venecia y el papa estaban firmemente resueltos á permanecer neutrales y los mismos alemanes mudaban de opinión; de modo que el rey (3) sólo tenía á su lado al elector Palatino, al elector de Maguncia y al duque de Sajonia y trataba desesperadamente de influir en la dieta reunida en Espira. «¡Qué habilidad tiene ese rey!, escribía Fernando en mayo de 1542. ¡Qué insolencia y qué pillería para perturbar la Alemania é impedir la campaña contra los turcos!» Y añadía en 8 de julio: «No espero de él otra cosa más que aquello en que perseverará siempre, es decir, hacer todo el mal que pueda por todo el tiempo que pueda.»

Sin embargo, la Dieta no se dejó seducir por las proposiciones francesas, y lo prueba el hecho de que en el mes de febrero de 1542 decidió facilitar 40.000 infantes y 8.000 caballos para la guerra contra el turco y «requerir al rey de Francia y á otros potentados de la Cristiandad para que aportaran su ayuda en este negocio.» Además invitábase á Francisco I á que no reclutara más hombres en el Imperio y aun á que restituyera á Alemania los soldados alemanes que á sueldo tenía.

No había que contar tampoco con el rey de Inglaterra, puesto que Marillac daba cuenta de las negociaciones de toda clase entabladas entre él y el emperador y atribuía el mantenimiento del *statu quo* únicamente al estado de decaimiento físico y moral de Enrique VIII. Y tal era la tirantez de relaciones, que Marillac fué por un momento retenido en rehenes en Londres, en 1542, del mismo modo que lo era el embajador inglés en Francia.

Francisco I se vió obligado á recurrir á las alianzas con Estados secundarios, y aun éstas no pasaron de nominales. En 19 de noviembre de 1541 firmó un tratado con Dinamarca; en 2 de julio de 1542, con Suecia, y en diciembre de 1542 renovó los anteriores tratados con Escocia.

### IV.—Crepy y Ardres

En 12 de julio de 1542, el rey, que se encontraba en Ligny, lanzó contra el emperador el «grito de guerra» que fué publicado «á son de trompas por todo el

(2) Se dice que «la hizo azotar en las nalgas.» Juana, á su vez, amenazaba con entrar en un convento y arrojarse á un pozo.

(3) Sus intrigas eran muy vigiladas; el espionaje se practicaba en gran escala por ambas partes. Al emperador le escribían que habían visto entrar á un francés en casa del duque Federico y por el Imperio circulaban libelos y manifiestos que constituyen toda una literatura.

reino.» En aquel manifiesto reproducía todos los cargos acumulados contra Carlos insistiendo en «la injuria tan grande, tan execrable y tan extraña contra Dios y contra los hombres» que de él había recibido con el asesinato de Rincón y de Fregoso.

Carlos V, aquella vez, no tomó la ofensiva en ninguna parte, no obstante lo cual Francisco I dirigió las hostilidades con singular incoherencia. Cuando todo su interés estaba en llevar enérgicamente la guerra a la frontera Nordeste para apoderarse del Luxemburgo é ir á apoyar á su aliado el duque de Cléveris, ó si no al Piamonte para molestar al emperador por el lado de Italia, dirigió su principal ataque á los Pirineos orientales con la idea de amenazar al Rosellón y obligar así á Carlos á una batalla. El delfín y el mariscal de Annebaut recibieron un ejército de 40.000 infantes, 2.000 gentes de armas y 2.000 soldados de caballería ligera; además, iba con ellos un ingeniero italiano, «Jerónimo Marín, el más grande hombre de Italia para sitiar plazas.» El rey permanecía en Narbona, esperando la llegada del emperador.

Pero el sitio de Perpignan, anunciado con gran estrépito, fué dirigido con meticolosa lentitud por el delfín y de Annebaut, quienes, después de cuarenta días de asedio, levantaron el campamento sin haber intentado siquiera un asalto. Entonces, cuando era ya demasiado tarde, parte de sus tropas fueron enviadas al Piamonte, en donde los franceses luchaban penosamente con los españoles (1). En el Norte, el duque de Orleans se había apoderado de Ivoy y de Luxemburgo; pero habiendo dejado su ejército para correr hacia Perpignan, en la esperanza de que se trabaría allí una batalla, los imperiales recobraron el ducado, quedando anuladas todas las ventajas obtenidas en un principio.

En febrero de 1543, el emperador y el rey de Inglaterra firmaron la alianza que hacía tanto tiempo tenían proyectada. Parecía, pues, que la guerra debiera decidirse al Norte y al Nordeste de Francia; y, sin embargo, el rey volvió á llevarla al Sur.

Para asegurar la superioridad de Francia en el Mediterráneo y sin duda también en Italia, contaba con la cooperación de los otomanos; y en efecto, Solimán reanudó la ofensiva en el valle del Danubio, entró en Hungría, en donde nuevamente fueron derrotadas las tropas alemanas, y dió orden á Kheir-ed-Din Barbarroja de que combinara sus operaciones con la flota francesa. Todo anunciaba por parte de Francia la intención de obrar con energía: el joven duque de Enghien había sido nombrado, en 18 de abril de 1543, almirante del ejército de mar del Levante, cuyo comandante efectivo era Polin de la Garde, y jefe del ejército de tierra reunido en Provenza.

Kheir-ed-Din disponía de cien galeras, pero no salió de Constantinopla hasta mayo y se entretuvo en devastar las costas de Italia, aunque teniendo buen cuidado de no causar ningún daño en el territorio pontificio.

(1) Las campañas de los Alpes, referidas por Monluc con gran riqueza de detalles, sólo merecen ser estudiadas para conocer las costumbres militares de la época, el espíritu de los jefes y de los soldados y la manera de combatir; sólo producen la impresión de una guerra estéril, sin resultados, puramente profesional, por decirlo así.

Polin no dejó de escribir á Paulo III que el rey de Francia era el sostén de la Iglesia y que á él debía el papa el no haber sido atacado.

Hasta julio no llegaron los otomanos á las aguas de Marsella, en donde encontraron á la flota francesa. El objetivo de la operación era Niza, única ciudad que le quedaba al duque de Saboya, y, sin embargo, fueron menester las instancias de Polin para que Barbarroja se decidiera (y no se decidió hasta agosto) á poner sitio á aquella plaza. Barbarroja se hallaba en muy mala disposición: «Los turcos, escribe Monluc, despreciaban en alto grado á nuestras gentes... Barbarroja se enfadaba mucho y empleaba palabras agrias y mortificantes (2).» El día 6 de septiembre, la ciudad fué tomada y saqueada, sin que los aliados pudieran apoderarse de la ciudadela, cuyo bloqueo hicieron levantar poco después los españoles.

A fin de dar alguna satisfacción á aquellos auxiliares y de seguir molestando á los imperiales en el Mediterráneo, Francisco I decidió poner Tolón á la disposición de Kheir-ed-Din. Los habitantes de la ciudad recibieron orden de desalojarla llevándose consigo sus bienes, bajo pena de horca; pero en realidad quedaron allí los «jefes de casas y los artesanos» á quienes se prometió garantizarles su seguridad. Fué aquella para los tolonenses una prueba dura que no duró menos de seis meses, durante los cuales envió Kheir-ed-Din Barbarroja veinticinco galeras para que saquearan las costas de España.

Cuando, en abril de 1544, resolvió el rey deshacerse de aquella alianza tan comprometedora, hubo de pagar muy cara la retirada de los turcos; dícese que treinta y dos tesoreros se emplearon durante tres días en Tolón en «hacer sacos de mil, dos mil y tres mil escudos cada uno» para entregárselos á Barbarroja.

El emperador había aprovechado la ocasión de excitar contra Francisco I la opinión que el monarca francés no supo reconquistar ni en Alemania ni en Italia; también aprovechó Carlos la inacción del ejército real en el Nordeste para caer sobre nuestro último aliado en el imperio, el duque de Cléveris, devastando con 40.000 hombres el ducado y obligando á Guillermo á firmar en 7 de septiembre de 1543 un tratado desastroso para Francisco I, puesto que por virtud del mismo había de renunciar el duque á toda inteligencia con Francia. Margarita se apresuró á escribir al rey para que hiciera anular el matrimonio celebrado dos años antes: «Así como al principio, por ignorancia, os suplicaba que hicierais este casamiento, ocultándoos la voluntad de mi hija, ahora... os suplico que la pongáis en libertad ante la Iglesia y ante los hombres (3).»

Francisco I, sin embargo, había recuperado el Luxemburgo, en 10 de septiembre, y derrotado delante de Landrecies al emperador, que sitiaba la ciudad con 40.000 infantes y 13.000 jinetes; pero había dejado que se retirara sin perseguirlo.

En 1544, Carlos V preparó un ataque por el lado del Este, y Enrique VIII otro por la parte de Calais; todo

(2) Cuando murió, en 1546, escribían al rey: «No he visto hombre más contrario á todo cuanto tocaba á vuestros intereses.»

(3) El matrimonio no fué anulado por la curia romana hasta abril de 1545, después de espinosas negociaciones.

el mundo esperaba que en estos dos puntos surgirían graves acontecimientos, á pesar de lo cual realizáronse estos primeramente en el Sur á consecuencia de un hecho inesperado.

El duque de Enghien, que había recibido el mando del ejército del Piamonte, tenía sitiada Carignán y cuando supo que del Vasto, jefe del ejército imperial, quería socorrer la plaza, él y los que le rodeaban decidieron librar batalla y enviaron á Monluc al rey en demanda de dinero y al mismo tiempo de autorización para combatir. Monluc ha relatado la sesión del Consejo en donde logró esta autorización (1). El caso era grave, porque, después de las derrotas de la Bicoca, de Pavía y de Landriano, habíase evitado toda acción en campo raso contra los imperiales; además, el conde de Saint-Paul y el almirante de Annebaut, que asistían al consejo en presencia del rey y del delfín, objetaban que la Francia del Norte estaba amenazada por Carlos V y Enrique VIII; que para oponerse al avance de éstos sólo se disponía de fuerzas insuficientes y de legionarios improvisados; y que entre salvar el Piamonte ó el reino la elección no era dudosa. Mas sea por la elocuencia gascona de Monluc, quien de ello se jacta, sea por la esperanza persistente del rey de reconquistar la Italia mediante una victoria, lo cierto es que la autorización fué concedida.

Los franceses ocupaban la pequeña población de Carmagnola situada al Sur de Carignán, y el marqués del Vasto acampó delante de ellos por el lado de Cerisoles (Ceresole). El lunes de Pascua, á las tres de la mañana, los franceses, al son de las trompetas, se pusieron en movimiento y se toparon con los enemigos: la vanguardia, compuesta de suizos, de compañías francesas y de gentes de armas, estaba protegida por ocho piezas de artillería; Enghien se había reservado el cuerpo de batalla, formado con suizos, gentes de armas y jóvenes gentileshombres que de la corte acudieron apenas tuvieron noticia del futuro combate; en la retaguardia había algunas gentes de armas y 3.000 hombres oriundos de Gruyere.

La batalla, que fué sumamente confusa, no ofrece otro interés que el gran papel que en ella desempeñaron los arcabuceros, al principio distribuidos como soldados de avanzada á las órdenes de Monluc, y la importancia, comprobada una vez más, de la infantería que, por otra parte, era mucho más numerosa que la caballería. Según parece, el combate se dividió por un momento en dos distintas acciones: una entre las dos vanguardias enemigas y otra entre un cuerpo de tropas reunido por el marqués del Vasto y arrojado, mediante un rodeo, contra la retaguardia francesa que no pudo resistir aquel ataque; pero el resto del ejército se lanzó seguramente sobre las fuerzas de Vasto destrozándolas por completo. Los enemigos retiráronse con gran des-

(1) Martín du Bellay, en sus Memorias, no cita el nombre de Monluc, sino que se limita á decir que Enghien «despachó á un gentilhombre» y añade que el duque pedía al rey sobre todo que le enviase dinero, porque se debían al ejército las pagas de tres meses. Afirma, además, que en cuanto á la autorización para librar batalla, se atuvo al parecer de los capitanes que estaban al lado de Enghien. No debió, pues, tener noticia de la escena que, según Monluc, ocurrió en el consejo. El relato que hace de la batalla difiere también del de Monluc en una porción de puntos importantes.

orden, y se dice que perdieron 10.000 hombres y que en Cerisoles se caminaba sobre montones de cadáveres; los franceses se apoderaron de gran número de banderas, de gran cantidad de víveres, bagajes y municiones y de casi toda la artillería (2).

Los acontecimientos justificaron las previsiones de Saint-Paul y de Annebaut, puesto que apenas ganada la batalla, vióse el rey obligado á retirar sus fuerzas del Piamonte llevándolas á la frontera Norte de Francia, y á tomar á Enghien 12.000 infantes.

En efecto, el emperador, después de haber intentado una vez más la pacificación de Alemania por medio del «acta» de Espira, acometía la invasión de Francia que había concertado con Enrique VIII. Carlos había de penetrar por Champaña y el rey de Inglaterra por Picardía, convergiendo ambos en París, sin entretenerse en sitiar las plazas, y contando reunir 80.000 infantes y 20.000 jinetes provistos de fuerte artillería.

El ejército imperial avanzó directamente sobre Commercy y luego sobre Ligny, pero hubo de detenerse desde el 8 de julio al 17 de agosto delante de la pequeña plaza de Saint-Dizier, heroicamente defendida por el conde de Sancerre.

Francisco I había podido en aquel momento poner á las órdenes del delfín, del duque de Orleans y de Annebaut, 30.000 infantes, 2.000 hombres de armas y 4.000 soldados de caballería ligera, recomendándoles mucho que no aceptaran ninguna batalla y que se limitaran á impedir que el enemigo pasara el Marne. El emperador, harto embarazado ya en un país sin víveres y con un ejército indisciplinado y perturbado por continuas disputas, pasó por Vitry (3) y después por el Este de Chalóns, sin poder salir nunca de la orilla derecha del Marne; y ya se disponía á retirarse por Soissons cuando, sabedor de que en Epernay y en Chateau-Thierry había todavía algunos almacenes con provisiones, arrojóse sobre esas dos ciudades y se apoderó de ellas. En aquel entonces, sólo estaba á veinte leguas de París, en donde hubo gran terror (4).

El día 4 de septiembre celebróse una asamblea de los representantes de la ciudad, en la que se leyó una carta bastante extraña del rey. Alabábase éste en aquel documento de las medidas adoptadas contra el emperador, quien, decía, no se había atrevido á luchar contra su ejército, sino que «había confiado su causa al azar» marchando sobre la capital; y veía, «con la ayu-

(2) Las apreciaciones que inmediatamente después de la batalla se hicieron sobre las consecuencias posibles y la importancia de la victoria de Cerisoles varían hasta lo infinito. Aquel combate no fué más que una acción muy heroica y bastante desordenada.

(3) Un documento oficial de 25 de abril de 1545 exime de pechos durante veinte años á Vitry-le-François, «construida en el lugar de Montrecourt, en substitución de la ciudad de Vitry-en-Perthois, incendiada por los imperiales.» Pero Martín du Bellay, que en sus Memorias habla detalladamente de escaramuzas y de combates trabados en las inmediaciones de la antigua Vitry, no dice en parte alguna que la ciudad hubiese sido incendiada ó destruida por los imperiales, y más adelante escribe simplemente: «Vitry-le-François, que es una ciudad que él (el rey) había comenzado junto al Marne, á una legua de Vitry-en-Perthois, por haber visto que no se podía fortificar el dicho lugar de Vitry-en-Perthois á causa de la incomodidad de su situación, dominada por tres ó cuatro montañas.» (Véase también Paillard.)

(4) C. Paillard, *L'invasion allemande en 1544, 1584, Projets d'évasion de François I...* Apéndice; «Rev. hist.», t. VIII, 1878.

da de Dios, asegurado todo el juego y al enemigo reducido á tal extremo, estando de esta suerte cercado y envuelto, que es imposible que no esté completamente perdido y arruinado.» A pesar de ello, suplicaba á los parisienses que apresuraran las obras de fortificación.

Los miembros de la asamblea quedaron seguramente menos tranquilizados que el rey, puesto que empezaron por ordenar que se celebrasen procesiones y después hicieron cerrar algunas puertas, acelerar la construcción de parapetos, reunir artillería y municiones, juntar víveres y expulsar á una parte de los mendigos «y á los religiosos extranjeros y demás.» La presencia del rey, que llegó en 10 de septiembre, no calmó las inquietudes, como lo prueba el hecho de que el día 13, cuando se celebró la procesión de las reliquias de Santa Genoveva, «el pueblo no podía pasar á causa de los carros y carretas cargados de efectos de los habitantes de la dicha ciudad que se iban fuera de la dicha ciudad por miedo al ejército del dicho emperador que se acercaba á ella.»

Sin embargo, en vista de que las tropas del delfín habían ocupado la Ferté y Meaux, que cerraban el camino de París, y de que el rey de Inglaterra, en vez de marchar hacia el Sur, se detenía en sitiar las plazas de Boloña y de Montreuil, el emperador se decidió á emprender de nuevo el camino del Norte, pasando por Villers-Cotterets y luego por Soissons. Allí fué, en la abadía de Saint-Jean-des-Vignes, donde recibió al almirante de Annebaut, portador de proposiciones de paz; pero en realidad la paz se venía negociando secretamente desde el sitio de Saint-Dizier, por mediación de un monje español, Gabriel de Guzmán, de quien se habla de continuo en la correspondencia y á quien se dió posteriormente el nombre de «fraile de la paz.» En un documento real fechado en julio se ordena que se le paguen 400 libras tornesas á fin de que vaya «á ciertos lugares para algunos asuntos secretos y de importancia concernientes» al servicio del rey.

En dos memorias posteriores del cardenal de Granvela y en la deliberación de la dieta de Espira, de 1544, encontramos las causas que determinaron al emperador á entablar negociaciones. Granvela habla de los gastos enormes, del agotamiento de la hacienda, de las dificultades que se opusieron á la expedición, particularmente en Saint-Dizier, y de la indisciplina de los soldados. El duque Mauricio escribía al landgrave Felipe que ya no era posible marchar sobre París, á causa de la negativa de las tropas á combatir porque no se les satisfacían las pagas, y hablaba también de los riesgos que habían corrido durante la retirada, de la malevolencia de los ingleses y de los peligros provenientes de los turcos y del protestantismo.

Por otra parte, las deliberaciones de la dieta de Espira demuestran que los alemanes, si bien eran adictos á la política imperial, no la apoyaban sin reservas: los Estados formulaban las más indignadas protestas contra la alianza de Francia con los turcos, pero también llamaban la atención de Carlos V sobre la dificultad de continuar la lucha con Francisco I y hablaban de los grandes sacrificios ya realizados y de la ruina de Alemania, acabando por suplicar muy humildemente «que la Imperial Majestad quiera absolutamente declarar lo que Su Majestad, así como el dicho señor rey

de los Romanos, están dispuestos á hacer, por su parte, para dicha ofensiva (contra los otomanos).»

No era necesario conocer muy á fondo á los alemanes para adivinar, al través de sus declaraciones tan ambiguas, que estaban dispuestos á dejar caer sobre el emperador y sobre su hermano todo el peso de la guerra. Comenzaba, pues, de nuevo la monótona historia de siempre: Carlos se hallaba en 1544 casi exactamente ante los mismos obstáculos que en 1525 y 1526.

En cuanto á Francisco I, había de atender al reino invadido, al doble peligro inglés é imperial y al cansancio de Francia, y estaba indudablemente muy disgustado por las discordias y las intrigas que en torno suyo surgían, así en su familia como en su consejo, y que menos que nunca se hallaba en condiciones de poder dominar.

Parece evidente, sin embargo, que la resolución de entablar negociaciones se adoptó sin gran reflexión y sobre todo se ejecutó con demasiado apresuramiento. Más honroso para los franceses, decía Granvela, habría sido amenazar la retirada de Carlos «que continuar la dicha práctica de la paz y venir á tratar en el campamento de Vuestra dicha Majestad.» Hay que decir, sin embargo, en descargo del rey, que en el momento en que de Annebaut estaba en Saint-Jean-des-Vignes, supo la toma de Boloña por Enrique VIII.

El tratado llamado de Crepy (en Laonnois), firmado en 18 de septiembre, era un nuevo ensayo de reconciliación y de unión entre ambos adversarios. La condición esencial de la que dependían casi todas las demás, era el casamiento del duque de Orleans, bien con la infanta María, hija del emperador, que aportaría en dote los Países Bajos y el Franco Condado, bien con una hija de Fernando, cuya dote sería el Milanesado: tal era la *alternativa* sobre la cual había de decidirse el emperador dentro del término de cuatro meses. A cambio de esto, el rey daba á su hijo los ducados de Orleans, de Borbón, de Chatellereault y de Angulema y renunciaba á la soberanía de la Flandes y del Artois, y abandonaba el Piamonte y la Saboya; el emperador, á su vez, abdicaba de todas sus pretensiones sobre la Borgoña.

Las dos partes contratantes se obligaban á ponerse de acuerdo para combatir á los turcos y restablecer la unidad religiosa; esta era la característica del tratado.

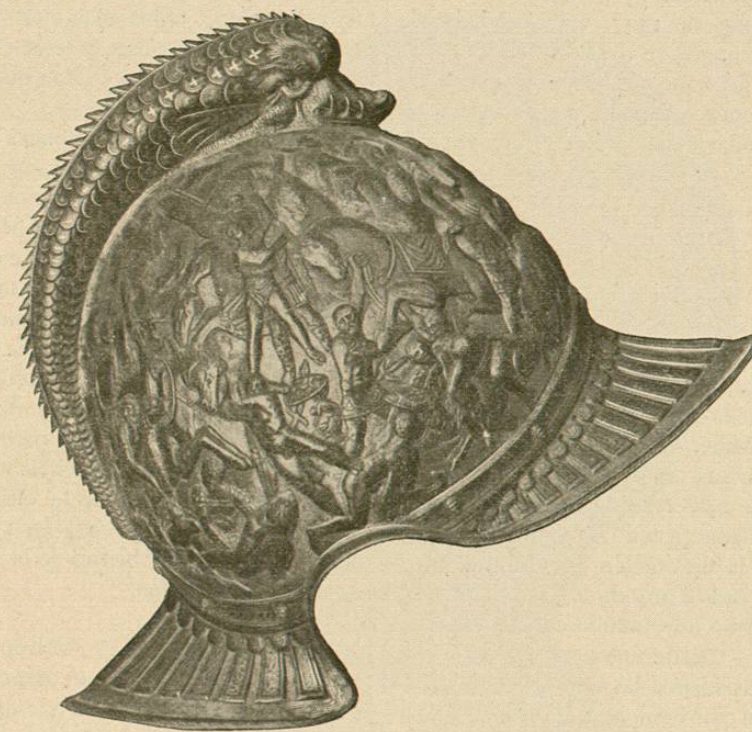
Después de firmada la paz, el rey envió al delfín á luchar contra los ingleses, pero todo el resultado de esta campaña quedó reducido á obligar á aquéllos á desistir del sitio de Montreuil y á encerrarse de nuevo en Borgoña y en Calais. En 1545 combinóse un triple esfuerzo: intervención armada en Escocia para apoyar el gobierno de María Estuardo, que había subido al trono por muerte de su padre Jacobo V, acaecida en 1542; expedición marítima á las costas de la Gran Bretaña, y ataque contra Boulogne.

Habíanse reunido en la bahía del Sena 150 buques de transporte y 25 galeras mandadas por Polin de la Garde, que atravesó con mucho aparato el estrecho de Gibraltar; se habían reclutado lansquenets en Alemania y soldados de infantería en el Langüedoc, y el rey en persona, con una parte de la corte, había ido al Havre. Mas todo fracasó: los escoceses, á pretexto de desacuerdo con

el jefe de las fuerzas francesas, permanecieron acantonados en su país; y la flota, que llegó á las aguas de la isla de Wight en 18 de julio, tuvo varios combates con la armada inglesa y después regresó á Boulogne (en donde toda la campaña consistió en la construcción de un fuerte), volviéndose por fin al Havre.

«A fines de 1545, dice el embajador veneciano, Su Majestad se encontraba nuevamente en situación más incierta que al principio, puesto que, después de haber gastado mucho, no había ganado nada por el lado de los ingleses. Los escoceses hallábanse muy descontentos,

consideración y respeto.» Carlos vaciló, según su costumbre, y durante los primeros meses de 1545, toda la diplomacia se ocupó en este grave asunto. Francisco I, que no tenía prisa alguna por renunciar efectivamente al Piamonte y á la Saboya, dejaba que las cosas siguieran su curso; pero la muerte del duque de Orleans, ocurrida en 8 de septiembre de 1545, echó una vez más por tierra las combinaciones, anulando el tratado de Crepy, puso nuevamente sobre el tapete la cuestión del Milanesado y fué una nueva causa de desconfianza y de negociaciones.



Casco de Francisco I. (Armería Real de Madrid.)

tos, y el emperador en extremo vacilante.» Por esto el rey pensó en reconciliarse lo más pronto posible con los ingleses, considerando que lo peor para él era permanecer en la incertidumbre.

El tratado firmado con Inglaterra en Ardres, el 8 de junio de 1546, era gravoso para Francia, la cual se obligaba á pagar en ocho años cerca de dos millones de escudos de oro, no pudiendo recobrar Boulogne sino después de satisfecho el total de esta cantidad, y prometía además su intervención para restablecer el acuerdo con Escocia.

Desde 1544 á 1547, la cuestión más grave continuó siendo la de las relaciones con el emperador. El delfín y el Parlamento de Tolosa habían protestado contra la ejecución del tratado. El primero hallábase cada vez más en oposición contra su padre y su animosidad contra su hermano saltaba á la vista; tal vez por esto Carlos V le trataba con grandes consideraciones y le manifestaba que no había querido «tratar nada que no fuese agradable al dicho delfín y particularmente en lo que concernía á su hermano, Monsieur de Orleans.» Ahora bien, «en lo que concernía á Monsieur de Orleans» y á la *alternativa*, «tan importante y llena de

El emperador, sin embargo, quería ante todo consagrarse á los asuntos de Alemania y á la lucha contra la Reforma, y la reunión del concilio, inaugurado al fin en Trento en diciembre de 1545, y la muerte de Lutero, acaecida en 18 de febrero de 1546, parecían favorecer sus propósitos. El triunfo que en 1543 alcanzara contra el duque de Cléveris hacía creer que podría dominar á los protestantes por medio de las armas. «La violencia creciente de los odios religiosos, decía un doctor, y los continuos atentados de los príncipes y de las ciudades adictos á la nueva doctrina, no le dejaban duda alguna acerca de la necesidad inevitable de la guerra.»

Pero el partido luterano estaba fuertemente organizado y sus jefes eran el duque Federico de Sajonia, el landgrave de Hesse y el duque de Wurtemberg; á pesar de ello, el emperador se resolvió, en 20 de julio de 1546, á declarar proscriptos del Imperio la Sajonia y el Wurtemberg. Entonces comenzó una nueva fase en la historia del Imperio y de las relaciones de Alemania con Francia.

Francisco I apenas había de presenciar los comienzos de esta nueva situación. Una vez más había negociado con los alemanes, y aun llegó á facilitar al desten-